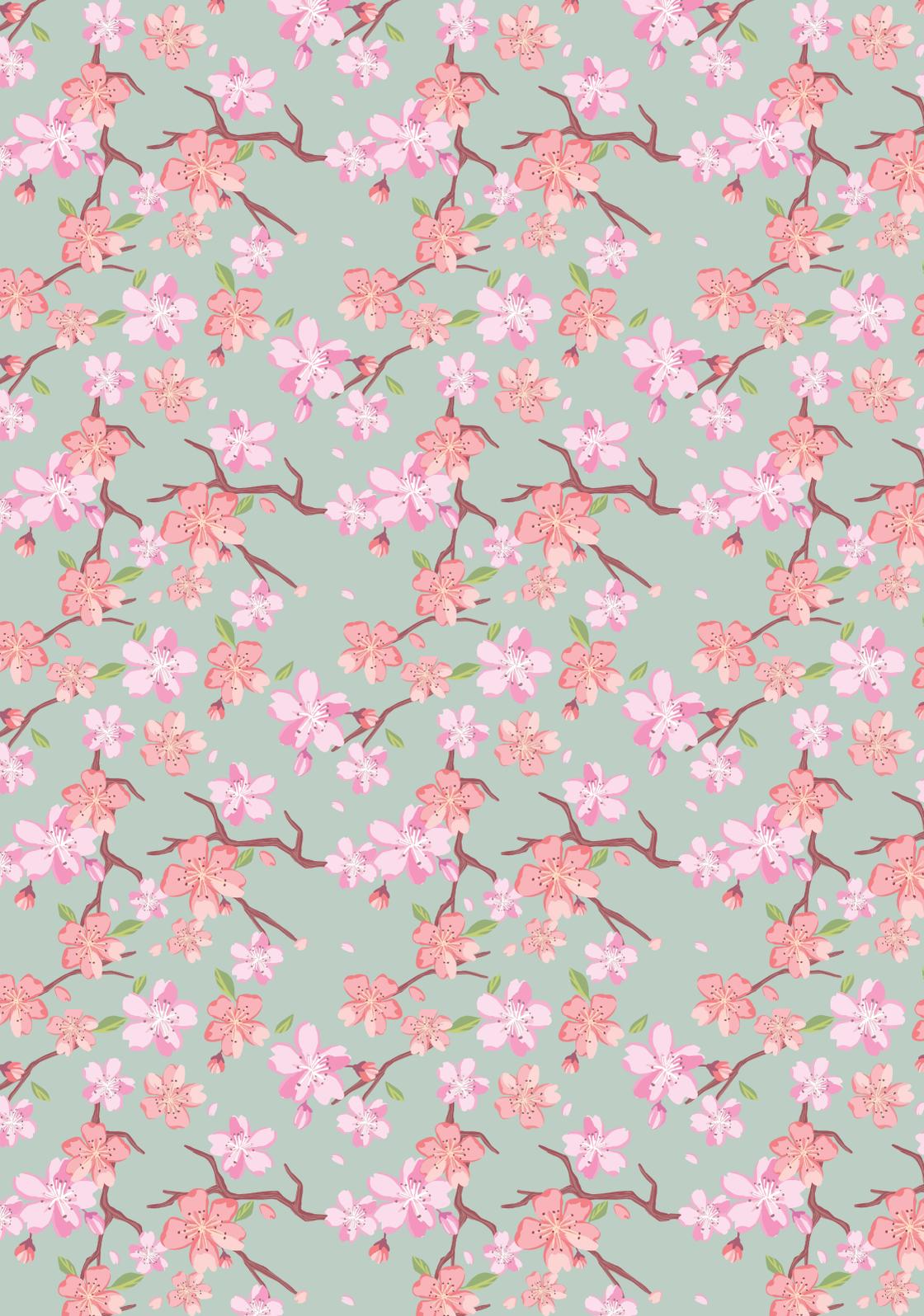


Doméstika

ARTE · TRABAJO · FEMINISMOS

5^{TO} Encuentro
IBEROAMERICANO
de arte, trabajo
Y ECONOMÍA
(SEIATE)



PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE CULTURA Y PATRIMONIO

Juan Fernando Velasco

**DIRECTOR (E) DEL INSTITUTO DE
FOMENTO DE LAS ARTES, INNOVACIÓN
Y CREATIVIDADES**

Bernardo Cañizares

DOMÉSTIKA: arte, trabajo, feminismos

5^o Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y
Economía (5EIAETE), 2018

**Paulina León Crespo, Gabriela Montalvo Armas,
María Fernanda Troya**

Quito: FLACSO, 2019

Textos

**Amparo Armas Dávila, Paulina León Crespo,
Gabriela Montalvo Armas, Patricio Rivas,
Glenda Rosero, Alejandra Santillana Ortiz,
Paulina Simon, María Fernanda Troya,
Cristina Vega, Paola de la Vega**

Edición de textos

Mauricio Montenegro

Diseño y diagramación

Isabel González

Lettering y portada

Carolina Iturralde

Fotografías

Jennifer Pazmiño, Tania Navarrete, Paulina León

ARTE ACTUAL FLACSO

La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro

Quito / Ecuador

www.artearteactual.ec

artearteactual@flacso.edu.ec

ISBN: 978-9978-67-514-4

Impreso por **HOMINEM**,
octubre 2019, Quito – Ecuador

La reproducción parcial o total de esta publicación, en cualquier medio
mecánico o electrónico, está permitida siempre y cuando sea autorizada
por los editores y se cite correctamente la fuente.



“Este material se realizó como resultado de la Convocatoria pública para apoyo institucional a la
movilidad, participación y representación internacional de artistas y trabajadores de la cultura del
Instituto de Fomento de las Artes, Innovación y Creatividades”

Introducción	II
Doméstika: arte, trabajo, feminismos 5 ^{to} Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y Economía (5EIAE) Paulina León, Gabriela Montalvo Armas y María Fernanda Troya	
Economías feministas y trabajo en el arte	
- Des/armando imágenes de lo doméstico, del cuidado... ¿y del arte? Cristina Vega	23
- La precariedad en el trabajo del arte desde la perspectiva de la economía feminista María Gabriela Montalvo Armas	51
- El trabajo afectivo y el trabajo instrumental en la precarización laboral de los actores culturales Paola de la Vega	61
- Feminismos del desborde: La materialidad del cuerpo que crea y la organización de la esperanza Alejandra Santillana Ortiz	71
Narraciones doméstikas	
- Al carajo con la sopa Paulina Simon	95
- Un papá presente Patricio Rivas	107
- Yo materno Glenda Rosero	113
Experiencias durante el encuentro	
- Una mirada a la economía feminista: sostenibilidad de la vida vs. mercado. Herramientas para el análisis del trabajo artístico Amparo Armas Dávila y María Gabriela Montalvo Armas	121
- Zoco, experimento social de adquisición de arte Paulina León Crespo	129
Conclusiones	139
Cuidar, crear, reproducir la vida. Lo que los actores del arte y la cultura podemos aprender de los feminismos en movimiento Paulina León, Gabriela Montalvo y María Fernanda Troya	
Reseñas biográficas	148

Yo materno

Glenda Rosero

En el 2015 ya tenía seis años de haber comenzado mi labor materna. También tenía bocetos a medio hacer, ideas escritas por ahí —entre papeles y documentos en la computadora— y un par de diplomas por haber ganado dos salones de arte que, empolvándose, acrecentaban mi vergüenza y mi ansiedad. Ser madre no había sido mi plan de vida, pero estaba convencida de que cosas como la maternidad no se planean, solo llegan, así que había que asumirla y ya. No puedo evitar mencionar que la incomodidad de destinar parte de mi tiempo para el cuidado de mis dos niños se encontraba siempre presente: mi arcilla y mis herramientas de modelado para trabajar cerámica estaban guardadas en una pequeña habitación que hacía, en ese entonces, de taller; apenas veían la luz. Y fue en el 2015 cuando nació el Colectivo Dos Guaguas.

¿Qué es esto de la maternidad que tanto me impide trabajar? ¿Qué es esto de ser madre que echa a un lado o dilata los planes que había trazado para mí, para mi vida? ¿Sigo teniendo vida? Apenas intentaba ponerme a trabajar debía atender una demanda infantil, hacer la sopa o picar la fruta, cambiar un pañal o simplemente dar cabida a la culpa que rondaba en mi cabeza por no botarme al suelo con los niños y jugar, jugar, jugar. El colectivo nace de la fatiga, de la duda, de la frustración y del conflicto. Nace en un intento por conciliar mi trabajo con la crianza de mis hijos; nace —sin haberlo entendido en aquel momento— de la idea de que mi trabajo también es la crianza de mis hijos.

A partir del 2015, y ya consciente de que la maternidad es un viaje sin retorno, comencé a documentar la crianza de Sergio y Amelia como una tarea que va más allá de lo doméstico: sobre sus pequeñas piezas de ropa —que dejaban de usar porque simplemente crecían— bordaba los bocetos de obras que no veían la luz por falta de tiempo o espacio para desarrollarlas; comencé a mate-

rializar mis inquietudes y mis temores. Fue así que el registro de crianza se volvió también uno de necesidades, un grito de “estoy aquí”, una coartada para evitar anularme.

El colectivo es una bitácora de maternidad. Suena descabellado, pero lo es. En él deposito mis dos oficios llegando a integrarlos y, por qué no decirlo, a reconciliarlos. Estos actos, que realicé desde que nació Sergio y a los que se integró después Amelia, son cómplices del deseo de querer encerrar el tiempo, pero de la misma manera, son intentos de consensos entre mis objetivos personales y mi profesión. Trato de desterrar la maternidad idealizada y acudo a la rutina para confrontarla con aquello que, en ocasiones, sentí interrumpido. Es un proyecto personal que construye narrativas íntimas.

Durante el camino he comenzado a responder lo que nadie me ha preguntado, lo que a casi nadie le ha interesado. He dicho que la maternidad no es fácil, que eso de que la felicidad viene con los hijos es mentira, que aquello que nos dicen acerca de la reproducción como la cúspide de los logros femeninos es un engaño. He dicho también que la crianza es un acto político, que criar seres humanos no es fácil, que nuestra labor —en un sistema en el que todo se mide por resultados de producción— está subvalorada. Lo digo con dibujos, con fotos, con textos y con objetos que encuentro o elaboro, y que forman parte de lo que se mira a través de un lente desvalorizador: la casa y lo doméstico.

Hablar de maternidad despojándose de esa mirada tradicional es como tomar la punta del hilo de una madeja de enredos que, a medida que va desatándose, revela elementos escondidos que van más allá de aquella desvalorización de la que ya hablé. Notamos que existe un control de nuestros cuerpos basado en nuestro sistema reproductor, la vigilancia de nuestra conducta a partir de los parámetros de lo que indica la maternidad, y culpas o responsabilidades no compartidas con los agentes paternos debido a la construcción diferenciada dentro de una sociedad que ha relegado a la

madre —y a la crianza— hacia un espacio de nulidad productiva, como si generar afectos y mantener cuidados no fuesen parte de la riqueza.

En el Colectivo Dos Guaguas expongo/bitacorizo mi cotidiano. Dibujo, a manera de viñetas, a mis hijos creciendo mientras dicen sus ocurrencias infantiles o sus audacias prepuberales; textualizo lo que me incomoda y se lo dejo leer al mundo porque, aunque no me pidan mi opinión, la doy; parodio lo que me incomoda y me río un poco de lo que nos han hecho creer que es normal, de lo que debe ser así porque simplemente es así.

A todo esto, me he encontrado con un descubrimiento grato: no soy la única que está cansada con la cantaleta de cómo ser madre. Esa verdad absoluta de la maternidad como un sendero de sacrificios y como una labor incondicional por parte de quien la ejerce poco a poco se esfuma. Es tiempo de decir “yo materno” como una labor de producción respetada, como un tiempo en el que se tejen valores simbólicos que deberían ser reconocidos en campos que van más allá del corazón de nuestros hijos.



He dicho también que la crianza es un acto político, que criar seres humanos no es fácil, que nuestra labor —en un sistema en el que todo se mide por resultados de producción— está subvalorada. Lo digo con dibujos, con fotos, con textos y con objetos que encuentro o elaboro, y que forman parte de lo que se mira a través de un lente desvalorizador: la casa y lo doméstico.